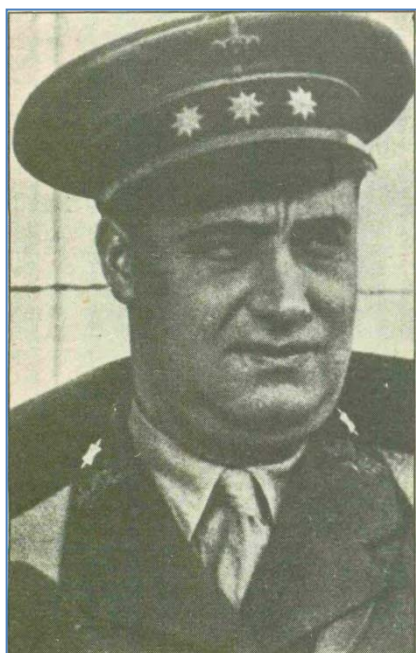


Un mando incomprendido: José Asensio Torrado

Mª Teresa Suero Roca en Tiempo de Historia nº 42 de mayo de 1978



Militar competente y enérgico, valeroso e inteligente, que tomó parte muy activa en la campaña de África, José Asensio Torrado había nacido en La Coruña en 1892 y era hijo de un teniente de navío de primera. Cursó sus estudios en El Ferrol y El Escorial; con vocación marinera, de 'vuelta en El Ferrol se presentó con su compañero Francisco Franco en Marina y aprobó (no así Franco), pero tuvo la mala fortuna de que aquel año se cerrara la Escuela Naval y no pudo ingresar en ella. Por consiguiente, decidió presentarse en Infantería, y en 1907 ingresó en la Academia de Toledo.

La abandonó en 1910 con el grado de segundo teniente, y fue destinado al Regimiento Vad Ras número 50, en Leganés, pero a fines de 1911 marchó a Marruecos, donde se habían recrudecido las luchas con El Mizzian. En julio de 1912 ascendía a primer teniente en propuesta extraordinaria, y en septiembre ingresaba en la Escuela Superior de Guerra. Poco después se le concedía una cruz de primera clase roja y la medalla de Melilla con tres pasadores. Concluidos los estudios de Estado Mayor en 1915, efectúa los dos años de prácticas reglamentarias, y en mayo de 1917 asciende a capitán. Al cabo de unos meses

ingresa en el Cuerpo de Estado Mayor y es destinado a la Capitanía de la VIII Región, y regresa a Madrid en agosto de 1918, al pasar a supernumerario por haber sido nombrado ingeniero 3º del Cuerpo de Ingenieros Geógrafos y Oficial 2º de administración civil en el Instituto Geográfico.

En octubre de 1920 asciende a comandante, y un año después vuelve al servicio con carácter temporal mientras duren las presentes circunstancias en Africa, donde se había agravado la situación tras el desastre de Annual. Asensio tuvo una actuación muy destacada, siendo citado repetidamente como distinguido y recibiendo algunas recompensas y numerosas felicitaciones de los más elevados jefes políticos y militares; estuvo en el Estado Mayor del alto comisario, general Ricardo Burguete, y en el gabinete militar de su sucesor, el ex ministro Silvela, y en noviembre de 1923 reingresó en el Instituto Geográfico. No obstante, el mes siguiente pasaba a las órdenes del Directorio militar como secretario del general de brigada Francisco Gómez Jordana. Acompañando a Primo de Rivera y al general Jordana, marchó en septiembre de 1924 a Marruecos, donde asistió con el cuartel general a las operaciones realizadas. En diciembre ascendió a teniente coronel por méritos de guerra con antigüedad de julio de 1922, y en febrero de 1925 fue designado para el mando de la Mehalla Jalifiana de Larache número 3 y para la jefatura de las Intervenciones Militares de dicha zona. Durante junio, julio y agosto, en combinación con las fuerzas francesas, tomó parte en operaciones sobre el Lucus, y el 19 de agosto le era impuesta la cruz de guerra con palma de distinguido, con citación en la orden general, por el mariscal Lyautey. Felicitado en numerosas ocasiones, el 19 de septiembre se le imponía la cruz de oficial de la Legión de Honor francesa.

Participó en las operaciones de Alhucemas y en las que se desarrollaron hasta junio de 1927, en que ascendió a coronel por méritos de guerra y fue nombrado jefe de la sección de asuntos militares de la Dirección General de Marruecos y Colonias y consejero oficial eventual del Consejo Superior de Aeronáutica. Entre otras condecoraciones, recibió la cruz de San Hermenegildo, otra cruz de guerra «Teatro de Operaciones Exteriores» con palma de distinguido, el grado de gran oficial de la Orden Ouixan Alauita Cherifiana y la medalla y la placa de académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Cádiz.

Asensio, que dominaba los idiomas francés, inglés y árabe, fue designado al iniciarse 1930 presidente de la ponencia interministerial para estudiar la organización del servicio de interpretación de árabe bereber, y en mayo se le nombró para presidir la delegación española en la conferencia hispano-francesa que se celebraría en Marsella.

Cuando realizaba el curso de coroneles, éste quedó interrumpido al instaurarse la República. En julio fue nombrado jefe de la Comisión de Límites con Portugal; en agosto de 1932 se le designaba para asistir al curso de coroneles, y en enero de 1933, con la revisión de ascensos por méritos de guerra, descendía al empleo de teniente coronel. Posteriormente, en el grado de coronel, se le confería la antigüedad de mayo de 1933, con lo cual vería ascender a generales a numerosos coroneles que tenían menos antigüedad que él en el empleo. De ahí que el hecho de que Largo Caballero, ya iniciada la guerra civil, le ascienda a general, no tenga en gran medida el valor de favoritismo que algunos le han querido dar: en realidad, el ascenso debería haberlo obtenido mucho antes.

En Lisboa, el presidente de la Comisión portuguesa de Límites le impuso las insignias de la cruz de gran oficial de la Orden militar de Avis; en 1934, tras haber desempeñado una comisión en Cabo Juby, el ministro de Estado le entregó la credencial de comendador de la Orden de la República; y en noviembre el jalifa del Protectorado le concedió el grado de Tahama de la Orden Mehdania. En abril de 1936 pasaría a disponible forzoso en la División.

Asensio, uno de los militares más capacitados y lúcidos y de mayor talento del Ejército español, era un hombre sumamente dinámico y de poderosa vitalidad, incansable en el trabajo, con dotes de mando y de organizador. Sentía notable afición por los placeres de la vida, afición que aprovecharían sus enemigos, especialmente los comunistas, para dirigirle injustas acusaciones; pero su amor a los placeres nunca le impidió cumplir con su deber: aquéllos y éste jamás serían incompatibles.

Vinculado a la U .M.R.A., aunque no pertenecía a ella, participó en las reuniones izquierdistas del Café Negresco y de la Granja El Henar. Sin embargo, empezada la guerra, parece ser que Díaz-Tendero le calificó con una F por considerarle fascista; ello se debería, según nos informa un militar de la U.M.R.A., a la antipatía que le profesaba el comandante Barceló y de la que participaba Díaz-Tendero, amigo de Barceló, que con éste se encargó de la Inspección de Milicias al estallar la contienda. Asensio, de quien Ricardo de la Cierva afirma certeramente que fue «uno de los jefes (...) más injustamente tratados en la guerra civil por su propia gente» ⁱ, en el alegato que transcurridos dos años escribirá en la cárcel explica su actuación en los meses anteriores a la contienda; afirma que antes de las elecciones de febrero tuvo que reñir en Lisboa verdaderas batallas con los elementos monárquicos allí refugiados, como consecuencia de los sucesos del 10 de agosto, « Llegando incluso a indisponerme violentamente con los elementos del Gobierno portugués, ante el que estaba acreditado, por defender la acción democrática del Gobierno español y los preceptos de su Constitución. Posteriormente al triunfo de aquellas elecciones mantuve la política de izquierdas en contra de la campaña que el Gobierno portugués ya hacía, hasta el mes de abril. De haber seguido yo en Portugal, con los elementos oficiales del Consulado y Embajada, seguramente hubiera logrado que allí las cosas no llegasen al estado a que han llegado. Pero los elementos de derechas pretendieron siempre por ello sacarme de Portugal, y lograron por fin que el ministro señor Masquelet suprimiera el cargo. Esta supresión de destino fue llevada a cabo por gestiones anteriores de elementos de derechas continuadores de la labor iniciada por el general Franco y sus secuaces desde el Ministerio de la Guerra, para apartarse de la norma de conducta que se había seguido siempre de lealtad al Gobierno. En días anteriores al de producirse la rebelión, cuando ya estaba en el ambiente, tomé parte con elementos del Ejército adictos al Gobierno, en proyectos de organización para armar al pueblo. De mí salió la idea de las milicias encuadradas y redacté notas para su ejecución y organización» ⁱⁱ

La familia de Asensio veraneaba en San Rafael (Segovia). El 18 de julio, el coronel abandonó la capital para reunirse con ella, y estaba en Segovia cuando se enteró de la sublevación. Sin recoger a su familia, marchó de inmediato a Madrid, después de haber organizado la resistencia en San Rafael. En la capital colaboró con Burillo y planeó el asalto al cuartel de la Montaña. Unos días después fue enviado a Andújar como jefe de Estado Mayor de las columnas que se concentraban sobre Córdoba, al mando del general Miaja, quien el día 27, en Montoro, extendería su jefatura a todas las fuerzas reunidas en esta población. Sin embargo, el día 29 se le ordenó trasladarse a Málaga para organizar su defensa como comandante militar en críticos momentos; hizo que se tomaran algunos pueblos y posiciones ventajosas, y así se pudo organizar, con escasísimos medios, algunas columnas que por Loja, Alhama y Benaudalla marcharon sobre Granada, ocupando Montefrío, Lachar y La Mola. A principios de agosto fue reclamado a Madrid y en las primeras horas del día 6 se hizo cargo del mando de la columna de Guadarrama, cuando se había ya ordenado que fuera evacuada a las 5 de la mañana. Asensio decidió proseguir la acción para apoderarse del puerto, aunque sin éxito. En una reunión celebrada por Moriones, que mandaba la vanguardia, con los jefes a sus

órdenes, éstos le aconsejaron desistir, y Moriones planteó la situación a Asensio y éste al ministro, resolviéndose que el ataque prosiguiera y se retirasen las fuerzas que lo desearan. Ninguna se retiró y el ataque fue reanudado, pero la baja moral detuvo la ofensiva. Después Asensio se dedicó a instruir a sus hombres y encuadrarlos y organizó el frente desde el puerto de Malagosto hasta Cabeza Lijar.

Los nacionalistas reanudan la ofensiva y ocupan Peguerinos, pero son contraatacados por una columna de la cual se hace cargo directo Asensio. Peguerinos fue reconquistado el 30 de agosto en una acción en que el enemigo se desbandó, haciéndose muchos prisioneros y recogiendo material, y por la cual Asensio solicitaría el 27 de mayo de 1937 la Laureada de Madrid al ministro de Defensa. Asensio y Moriones obtuvieron un notable éxito y sus fuerzas empezaron a demostrar eficacia. Las tropas de la columna de Peguerinos dominaban la vertiente y tenían bajo su fuego a San Rafael, El Espinar y la carretera que conducía al Alto del León; mas por falta de medios durante todo el mes de agosto no fue posible intentar una acción en aquel frente, el cual, no obstante, quedó asegurado. Con la acción de Peguerinos, Asensio vio aumentado el prestigio de que gozaba en aquella época incluso entre los comunistas, quienes le nombraron comandante honorario del 5º regimiento el 30 de agosto.

En la madrugada del 4 de septiembre fue reclamado urgentemente por el Ministerio de la Guerra, donde se le comunicó que las fuerzas republicanas habían abandonado Talavera y huían hacia Madrid y que era necesario buscar cuanto antes la forma de detener la columna enemiga. Asensio, que el mismo día 4 era ascendido a general y nombrado jefe del Teatro de Operaciones del Centro, reclutó fuerzas procedentes de los frentes de la Sierra y se apoderó de Santa Olalla, E, Bravo y Casar de Escalona. Prosiguió su avance, y el día 5 sus hombres habían logrado cercar Talavera, poniendo en un aprieto a las tropas de Yagüe. Sin embargo, entre sus hombres se producirían retiradas a causa de la gran masa de tanques y aviación enemigos que hicieron acto de presencia, pero Yagüe tendrá que detener su acción durante unos días.

Entonces el general recibió orden de organizar el asalto a Toledo, y en ese sector permaneció del 5 al 22 de septiembre. Efectuó varios intentos de rendir el Alcázar, y en momentos de desisivos volvió a ser llamado con urgencia porque las tropas de Talavera habían retrocedido y los nacionalistas se habían apoderado de Santa Olalla y Maqueda. En los días 22, 23 y 24 atacó Maqueda, de donde desalojó al adversario, y estableció la línea Pelaustan-Nombela Escalona -Maqueda-Torrijos. Por la noche del 24 se le ordenaba dirigirse otra vez a Madrid para hacerse cargo de todo el frente del Centro.

Mientras tanto las tropas de Varela, que había reemplazado a Yagüe, prosiguen su avance hacia Madrid; alcanzan Navalperal, Illescas y Las Navas del Marqués, y durante el 21 y el 22 de octubre Asensio ataca duramente Illescas, pero este último día cesa en el mando del Ejército del Centro.

La campaña comunista iniciada contra él en los tiempos del cerco de Talavera se recrudece después del contraataque de Illescas; le atribuían los comunistas, y también los anarquistas, todos fracasos, acusándole de traición y designándole en la prensa con el apodo de «general de las derrotas». Los fracasos eran ciertos, pero fue injusta la acusación lanzada contra Asensio, que no podía obtener mejor rendimiento de unas tropas improvisadas carantes de disciplina, instrucción y moral militar, desprovistas de armamento adecuado, artillería y aviación, y que sólo contaban con un entusiasmo y un valor innegables. Asensio hizo cuanto pudo sin vacilar un instante en arriesgar su vida, mas no residía ahí el quid de la cuestión.

Desde su mando de la columna de Guadarrama, los comunistas habían intentado atraérselo y, al ser ascendido a general y designado le atribulan los comunistas, y también los anarquistas, todos los fracasos, acusándole de traición y designándole en la prensa con el apodo de «general de las derrotas». Los fracasos eran ciertos, pero fue injusta la acusación lanzada contra Asensio.

Para la jefatura del Ejército del Centro, elogiaron su actuación y la calificación de «héroe de la República democrática», cuya acertada dirección permitió a sus hombres ganar «victoria tras victoria». De ahí su nombramiento de comandante honorario del 5º regimiento. Los propósitos de ganárselo para el Partido se debían a los deseos de alejarle de la influencia de Largo Caballero, a quien los comunistas detestaban y querían eliminar del Ministerio de la Guerra. Sus manejos fracasaron: Asensio no manifestó ningún interés en acercarse al Partido y combatió todo proselitismo político entre sus hombres. En esta línea se inscriben las siguientes palabras, redactadas

en la cárcel en 1938: «Soy un general de la República y a ella sirvo y serviré. Jamás he pertenecido a ningún partido político ni perteneceré, en tanto conserve mi condición de militar. Juzgo que daña más que beneficia al Ejército su intromisión en las cosas políticas (...). El militar debe ser sólo de su patria, a las órdenes de sus poderes legítimos y completamente ajeno a toda influencia de partido ni de grupo político»,. y ésta ha sido «siempre norma de mi vida militar»ⁱⁱⁱ.

Por tanto, esta campaña, en realidad dirigida contra Largo Caballero, a quien no se atreven a acusar directamente, obliga a éste, muy a su pesar, a reemplazar a Asensio en el mando del Ejército del Centro, pero no resignándose a desprenderse de un militar en cuya excepcional inteligencia y capacidad profesional confía plenamente, le nombra subsecretario de la Guerra, disminuyendo con ello la victoria obtenida por los comunistas. Esta designación tiene lugar el 22 de octubre.

El 6 de noviembre el Gobierno marcha a Valencia, y Asensio imparte las oportunas órdenes a Pozas y Miaja. Ya en Valencia se ocupó fundamentalmente en levantar el Ejército Popular; reorganizado el Estado Mayor Central el 27 de noviembre, Largo nombró para presidirlo, al general Martínez Cabrera, amigo de Asensio. Ambos se dedicaron a la tarea de edificar un Ejército digno de ese nombre, y a este fin comenzaron por disponer que las unidades existentes se estructuraran en brigadas mixtas a medida que fuera posible, empezando por las del Ejército del Centro. Por consejo de Asensio se decretó la unificación de la instrucción militar y fueron creadas en Valencia la escuela para oficiales de Infantería e Ingenieros y la de Artillería, fusionándose la dirección de las de Catalunya con la de éstas. Impulsó la creación de los centros de reclutamiento, instrucción y movilización; los centros de organización permanente de artillería, y los centros de organización permanente de ingenieros.

Pero no dejó de arrear la campaña contra Asensio, al cual se hizo responsable de la caída de Málaga el 8 de febrero de 1937, acusándole de divertirse en un cabaret de Valencia, mientras se perdía la ciudad. También ahora el objeto indirecto del ataque es Largo Caballero, aunque de momento las acusaciones apuntan directamente a Asensio, así como a Martínez Cabrera y Martínez Monje. Los ministros comunistas Uribe y Hernández piden en el Gabinete la destitución de Asensio, demanda que apoya el socialista pro-comunista Alvarez del Vayo, ministro de Estado, por creer que si la gente le acusa de traición se le debe echar aunque sea injusto, a pesar de que reconoce su lealtad y considera que es sin ninguna duda uno de los profesionales más inteligentes y capaces del Ejército, que pudo «haberse convertido en el mayor genio militar», y cuyos fracasos eran inevitables por la carencia de artillería, tanques y aviones y por «los defectos del sistema de milicias». Para Prieto y los republicanos de izquierda, adversarios de Largo Caballero, no había dificultad alguna en seguir el juego, y eran contrarios a Asensio por el simple hecho de que Largo le apoyaba y admiraba. Igualmente los anarquistas se opusieron al general, por haber empleado éste severas medidas contra la retirada de los milicianos, y de esta forma, sin darse cuenta, intervinieron en la maniobra contra el ministro y facilitaron a los comunistas su objetivo. Federica Montseny confesaría a Burnett Bollo-ten, en palabras de éste, que « juzgando las cosas a distancia, la oposición del movimiento libertario a Asensio fue un error, no sólo por su capacidad excepcional, sino también porque esta oposición ayudó a debilitar a Largo Caballero en relación con los comunistas»^{iv}. Los ministros insistían en que Largo Caballero alejara a Asensio de su cargo. El comité del Partido le visitó en varias ocasiones para reclamar la destitución del general, acusándole de traidor; Largo les pidió pruebas que justificaran esta acusación, pero no aportaron ninguna. El ministro habla incluso de un complot para asesinar a Asensio dentro del Ministerio. Antes de que se adoptara ninguna decisión, éste rogó a aquél que le dejara disponible y Largo accedió, cesando el general el 20 de febrero, después de que éste y Martínez Cabrera, hubieran preparado un plan de operaciones para una ofensiva en Extremadura, mediante la cual se pretendía reconquistar Mérida y Badajoz y cortar en dos la zona nacionalista. Largo Caballero mantiene a Asensio a sus inmediatas órdenes, pero los ataques no cesan y tiene que desechar la idea de utilizarle en el Ministerio.

El 15 de mayo, después de los trágicos acontecimientos de Barcelona, el propio ministro tendrá que dimitir. No satisfechos, los comunistas reanudan los ataques contra Asensio, a quien ahora acusan de no atender debidamente el suministro de armamento al frente malagueño, acusación que rebatirá Largo Caballero, quien asegura que el Gobierno y en particular él mismo hicieron lo posible por ayudar a Málaga enviando material. Eliminado del Ministerio y de la presidencia del Consejo, no se emprenderá la ofensiva de Extremadura, que habría podido

significar un gran triunfo, y se interrumpirán las diligencias encaminadas a sublevar Marruecos contra los nacionalistas, empresas ambas en las que el ministro y su subsecretario habían depositado sus esperanzas.

Tras esta serie de maniobras, Asensio pasó al ostracismo. Zugazagoitia expone mejor que nadie la dramática situación a la que éste había tenido que enfrentarse durante su mando en el frente del Centro. La escasa calidad de sus hombres le impidió lograr una victoria sobre unas fuerzas mandadas precisamente por el general Varela, al cual Zugazagoitia, como otros muchos, considera infinitamente menos capaz que Asensio. A éste, «el enemigo le suministra constantes ocasiones de victoria que él no puede aprovechar. Es como una burla que le hace el destino: despliega ante su vista el panorama de un golpe nuestro que le haría dueño de la situación y cuando el general dispone las cosas para realizarlo, el grito de un atemorizado —« ¡Estamos copados! »—, la defección súbita de una milicia cansada, el viento que trae olores de morisma o el espejismo de un peligro, destruyen su esfuerzo y borran, con un retroceso alocado, toda huella de posibilidad victoriosa. El destino no se cansa de hacerles estas jugarretas, capaces de arruinar la voluntad más segura y el ánimo mejor templado». Y añade: «En condiciones de igualdad, y sin ésta, con un mediano equilibrio de armas y disciplina, el general Varela no hubiera podido dar un paso con fortuna».^v

Los ataques por la pérdida de Málaga, acerca de la cual Asensio afirma que tal como se produjo no podía ser achacada a falta de armamento, ni de municiones, ni de hombres, siguieron en aumento, y el 18 de octubre se dictaba auto de procesamiento y prisión incondicional contra Asensio, Martínez Cabrera y Martínez Monje. El primero, procesado como subsecretario, estuvo preso en Valencia y Barcelona, ciudad donde dará a la imprenta El general Asensio. Su lealtad a la República, alegato en defensa propia al que agrega documentos y cartas, una de ellas del general Rojo, en la que éste reconoce que en la organización del Ejército «le cabe a usted gran parte y quizá la mas desconocida». Se demostró que los generales cumplieron las órdenes del ministro de enviar armamento a Málaga, y la causa fue sobreseída el 19 de mayo de 1938; los tres quedaron en libertad y fueron rehabilitados, aunque no se les volvió a conferir mando de tropas y ocuparon cargos puramente administrativos.

Zugazagoitia cuenta los proyectos de Negrín con respecto al ex subsecretario: «Negrín no acabó de decidirse a emplear a Asensio en las cosas de fuste que correspondían a la indudable capacidad militar de su subordinado. Pensó, maquiavélicamente, creyendo que de esta manera lo reivindicaría ante sus debeladores, en enviarle de agregado militar a nuestra Embajada de Moscú, disuadiéndole yo del proyecto, que me parecía infortunado»^{vi}. Negrín, como Cordón y Rojo, se negaron a concederle un mando, y pasó a actuar como asesor del Ministerio de Defensa. En septiembre era asesor militar de la Dirección de Marruecos y Colonias.

Por entonces salieron a la luz pública hondas disensiones entre Negrín y Companys a causa de haber afrentado el primero a la República, y Companys se quejó a Azaña. En Barcelona se comentaron estos hechos y entre otras cosas se hablaba de la posibilidad de encargar a Besteiro la formación de Gobierno y de imprimir un nuevo rumbo a la dirección de las operaciones militares, principalmente mediante la sustitución de Rojo por Asensio, añadiéndose que tales posibilidades gozaban de la aprobación de Companys. Desde el comienzo de la batalla del Ebro el nombre de Asensio corría de boca en boca, y en Barcelona se le atribuía el mérito inicial de la batalla, considerándole el director de la operación. Esta había sido dirigida por Rojo, y evidentemente se trataba de una falsedad, pero como bien señala Zugazagoitia esta falsedad «sirve, cuando menos, para notar cómo ha crecido el prestigio y la popularidad» de Asensio^{vii}. Se llegó a creer realmente que Rojo sería sustituido por Asensio, cuyos méritos fueron puestos muy por encima de los de aquél.

Ningún cambio se realizó, y el general fue nombrado a últimos de enero agregado militar en Washington. Pero antes se produjeron unos hechos que nos explica Abad de Santillán. Dice éste que la F.A.I., unos ocho meses antes de la caída de Barcelona, se ofreció al Gobierno para organizar la defensa de la ciudad en un radio de unos 50 kms., con independencia de las líneas de resistencia que planeaba el Estado Mayor Central, y a este objeto el coronel Claudín proyectó unas obras de defensa de El Perelló a Manresa que pasaban por los Brucs. Para ello sólo se pedía autorización y el material para utilizar en las fortificaciones, y lo demás sería prestación gratuita y voluntaria. En el asunto intervenían políticos y militares, entre éstos Asensio y Pérez Farrás, y Companys se mostraba de acuerdo. Pero su oferta fue rechazada por Negrín y los comunistas.

En la medianoche del 25 de enero de 1939, cuando el adversario se halla a las puertas de la ciudad, Asensio telefona a los dirigentes de la F.A.I.: viendo perdida la guerra, cuyo fin no ha podido ser más vergonzoso, les pregunta qué piensan hacer y si puede confiar con ellos «para ofrecer, con el propio sacrificio, un ejemplo y salvar el honor de Barcelona». En caso afirmativo, pediría al Gobierno el mando de la ciudad. Sus interlocutores dudaron, considerando que era vano resistir. «Habríamos durado lo que durasen la escasa munición y los víveres más escasos aún que nos habían dejado los héroes de la resistencia hasta la victoria. Y después, nada». Con todo, se prestaron a colaborar. Asensio indicó que si le daban el mando y se lograba recuperar algún material de guerra se quedarían, y si la respuesta era positiva se lo diría en la madrugada del 26; de lo contrario, se marcharía. Bajo una nube de aviones enemigos, el día 26 esperaron inútilmente noticias del general. « ¡Se le había rehusado el mando de la ciudad, aun después de abandonada! » .^{viii}

Asensio, pues, fue nombrado agregado militar en Washington, cargo que le pareció indigno aceptar por creer que sería más útil en el frente, y llegó a pedir el mando de una simple compañía. Zugazagoitia, que a petición de Asensio intercedió cerca de Negrín, obtuvo esta respuesta: «Necesito que se incorpore a su nuevo puesto lo más rápidamente posible. Es allí donde le necesitamos y donde puede prestarnos grandes servicios. El mismo se convencerá»^{ix}. Indudablemente las palabras de Negrín no convencen a nadie, porque la verdadera utilidad de Asensio estaba en España. El general, sin embargo, tuvo que obedecer, y en Washington le sorprendió el término de las hostilidades.

Instalado en Nueva York, ganará su vida dando clases de español. Escribió artículos periodísticos, y durante dos años fue ministro sin cartera, con misión en los Estados Unidos y en la O.N.U., del Gobierno de la República en el exilio. Falleció en Nueva York en 1961.

ⁱ Ricardo de la Cierva: *Historia ilustrada de la guerra civil española*, Ed. Danae, Barcelona, 1970, vol. 1, pág. 340.

ⁱⁱ *El general Asensio. Su lealtad a la República*, Barcelona, s. a. (1938), pág. 88.

ⁱⁱⁱ *Asensio: ob. cit.*, pág. 92.

^{iv} Burnett Bolloten: *El gran engaño*, Luis de Caralt, editor, Barcelona, 1977, pág. 295 n.

^v Julián Zugazagoitia: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Librería Española, París, 1968, vol. 1, pp. 166-9.

^{vi} *J. Zugazagoitia: ob. cit.*, vol. II, pág. 155.

^{vii} *J. Zugazagoitia: ob. cit.*, vol. II, pág. 154.

^{viii} Diego Abad de Santillán: *Por qué perdimos (a guerra)*, G. del Toro, editor, Madrid, 1975, pp. 347-8.

^{ix} *J. Zugazagoitia: ob. cit.*, vol. II, pág. 202